

—Muy pronto se ha mareado ése.

Y Aurelio lloraba.

En Trouville, desvelada en el lecho, Natalia sintió el adiós emocionante de la sirena, y por uno de esos relámpagos de certidumbre que iluminan á veces el alma humana, comprendió que su voluntad se había cumplido... ¡ que todo se había perdido ya !

INTERMEDIO

¡ Viajero, viajero... no te obstines ! Deja perder los recuerdos ingratos en el extremo de la estela ; no anticipes tu llegada al porvenir, hacia el cual vas siempre harto de prisa... Ensueña y reposa, viajero : un largo viaje es lo mismo que una convalecencia.

No es cierto el principio de Arquímedes : en el mar el fardo de nuestras preocupaciones se aligera inconmensurablemente. Un asesino debe sufrir menos remordimientos, un poeta debe recibir inspiraciones más fragantes, un niño debe ser aún más infantil. El mar es un gran paréntesis azul. Ensueña y reposa, viajero : no desdeñes la tregua... deja beber á tu alma el bálsamo azul del mar y cubre tus ávidos ojos con la gasa azul del firmamento... El azul es sedante... En toda alegría hay algo de azul. No te aferres á

tus remembranzas; olvida. ¡Estamos los hombres tan portentosamente conformados para olvidar! Que el mar sea la almohada armónica donde descanse tu cabeza; que las nubes pasen por el cielo con el solo propósito de hacerte olvidar su monotonía; que la lontananza, en el crepúsculo, te parezca un jardín; que por las noches vaya de la luna hasta ti, sobre el trémulo susurro del mar, un ancho camino de plata; que los planos mórbidos de las olas te recuerden carnes jóvenes y turgentes de mujer... ¿Por qué quisieras salvar el Océano de un paso gigantesco, y hollar con uno de tus pies la tierra á que vas, cuando aún la planta del otro pie no ha libertado á la tierra que dejas? La máquina socaba tu ensueño: cada golpe de la hélice es golpe que ahonda la fosa de tu ilusión, y un día, cuando la memoria haya puesto ya una barrera entre ti y «todo aquello que pasó», cuando te posea la grata ingravidez de casi no existir..., ¡habrías llegado! Ofrécete dócil al buen consejo. En toda inconsciencia hay juventud; sabiduría: flor de desengaño, vejez. Las sirenas se alzan del agua para reprocharte que calumnies la sensualidad de la materia en una crisis de sensualidad del espíritu... La árida inteligencia del geómetra ha necesitado siglos para teorizar la curva perfecta que se ofrecía sin cálculo en el

cuerpo de su mujer... Viajero, duérmete; viajero, piensa que mientras estés frente á lo desconocido, tienes esperanza.

En el mar se simplifican las contingencias; el mar, triple señor de nuestro planeta, es lugar de excepción para el hombre. Es extremado en sus furores y en sus calmas; es fuerza inicial, y el hombre, cuando está sobre él, constantemente apercebido para resistirle, olvida su enemistad hacia los otros hombres. El mar es inhumano; tal vez por eso no es hipócrita; no tiene recodos... Es la humana Tierra la que suscita las sirtes y los arrecifes que aguardan taimados en la neblina á las embarcaciones. El peligro crece con la proximidad de la costa. El mar sepulta ó cobija, abate ó sostiene... El mar no engaña.

¿Y has desoído todo esto, viajero? ¿Y has proseguido contumaz la pesadilla de tu vida anterior, queriendo recoger su lazo para anudarlo al de la nueva vida que te aguarda?... Viajero, viajero... el consuelo ha resbalado sobre ti, igual que resbala el rocío sobre la peña. Tu ansia de bondad te ha endurecido el sentimiento... Piensas en el kempisiano proverbio que desde el reinado de Anaan fatiga la tierra y dices: «Vivir es salir, y morir es volver á en-

trar». Peor para ti; del jugo de ese proverbio se han nutrido todas las esterilidades. En la eternidad, un momento tiene su inmutable valor. No se puede ir á la eternidad sin pasar por el momento... Un año es la cadena de trescientos sesenta y cinco días; un día es la cadena de mil cuatrocientos cuarenta minutos... y en la cadena hay eslabones de oro y de hierro, y un minuto es de alegría y otro de dolor; y en la cadena, por pequeños que sean los eslabones, se pasa de uno en otro de la luz á la sombra; y los eslabones luminosos hacen parecer menos oscuros á los demás... Nuestro corazón, fácil á las mudanzas, pasa en un minuto de la desolación al júbilo. ¿Cuántas veces se puede ser diferente en un año?... Dios cuenta por eternidades; pero imitarle sería audaz é inútil... ¿Como ha de ser igual la distancia para la aguja que cuenta las horas que para la que cuenta los minutos?... Has perdido el opio del viaje... Las sirenas te reprochan, te reprocha el mar, y la vida no será mejor por eso cuando llegues... Has perdido el opio del viaje, viajero...

Miras apoyado en la borda, y no sabes hacia dónde está el pasado, ni hacia dónde te acecha el porvenir. La menor evolución del buque te

extravía... Tienes fiebre... El mar guarda para los que menosprecian su beleño, espejismos más adversos que las tempestades... Te parece ir marchando hacia una luz, y eres tú quien llevas la luz en el deseo...

VIII

En las rendijas de la ventana llameaba la luz del Sol, que calcinaba la ciudad con el fuego del medio día. La calle estaba blanca y ardiente, en silencio. Puertas y ventanas cerradas, calzada polvorienta, reverberantes perspectivas, aceras lustrosas del calor; todo el sopor de esas dos horas—intervalo de fuego—que separan la mañana de la tarde en los países del trópico; horas que pasan lánguidas bajo el yugo de una laxitud invencible. Los muros estucados irradian ardor, las losas del piso no son frías, el agua no calma la sed; si los ojos tuvieran energía para mirar al cielo, verían la atmósfera ignea y vibrante; plúmbea pereza gravita sobre los músculos, sobre los deseos; pereza de moverse, pereza de hablar... Tal vez las dos únicas horas del día en que un tropical no es elocuente.

Tendido á medio desnudar, en la cama, Aurelio Zaldívar sentíase vencido; sólo su volun-

tad de victoria resistía al desmayo; era el mismo ambiente denso que lo amodorraba en las galerías inferiores del buque, y aun su estómago, engañado por la similitud de temperaturas, se comprimía con las arqueadas del mareo. Sin fuerzas para pensar, sin necesidad de dormir, estuvo largo rato en una postura, perdida la cabal idea de la realidad pero no abandonado á ningún ensueño... Una voz fatigada pregonó en la calle queso y miel; se oyeron pasos rastro que tardaron en extinguirse, y luego el tórrido silencio volvió á ser total y duró mucho tiempo. Comenzaba ya á adormecerse, cuando una voz pronunció su nombre:

—¡ Las *sinco*, señor Aurelio!... El baño está libre.

Unos golpecitos sonaron en la puerta. La voz era melodiosa, y salmodiaba, no decía las palabras. Aurelio se incorporó sorprendido, sin lograr imaginar á la muchacha con su pelo pintado de rubio, su cara burlona é ingenua, abandonadas las turgencias del cuerpo dentro de la bata de muselina adornada con grandes lazos de colores vivos.

¡ Señor Aurelio!... ¡ Señor Aurelio!

Y otra voz de hombre, campechanamente, añadió:

—¡ Calderón de la Barca!... La vida es sue-

ño... Arriba; no duerma más si quiere ver al señor La Capilla.

Se puso en pie é hizo un esfuerzo para recordar dónde estaba... Estaba en Nueva Sevilla, sí... y apenas tuvo el pie firme en el primer escalón, la escalera de recuerdos ofrecióse franca ante él: Nueva York, el cablegrama de su madre que le hizo esperar allí quince días una carta, la carta escrita á escondidas del padrastro, llena de inquietudes, de ansias de ventura, de faltas de ortografía, de lágrimas... Fué esa carta la que puso la proa de su nave hacia Nueva Sevilla. Al abrir el sobre y hallar dentro dos billetes de cinco duros, economizados quién sabe en cuantos días de privación, Aurelio sintió el arrepentimiento de haber sido sincero, de haber infligido á la pobre vieja una pena inútil. El dolor de su madre suscitó en él el dolor de haberlo ocasionado. Y al leer la recomendación de que fuese á Nueva Sevilla, donde el padrastro tenía en un periódico un amigo, para quien le enviaba una tarjeta, se resolvió ciegamente á obedecer, creyendo resarcirla así, con ternura inocente, de las zozobras que su carta le llevara. En seguida notó que la letra del padrastro estaba contrahecha: no eran aquellas frases apremiantes producto de su espíritu escueto... Era ella quien había

escrito la presentación... Y esto reafirmó á Aurelio en el propósito de abandonarse al deseo de la madre que, aun lejana y desvalida, hacía en provecho del hijo pródigo renuncia de su pasión por la verdad, y abnegadamente falsificaba la letra de su marido, preparándose acaso para toda su vida una recriminación cotidiana... Después recordó el viaje desde Nueva York, su amistad con el sobrecargo del vapor, que le había recomendado aquella casa si se quería alojar familiarmente... Tal vez demasiado familiarmente, pues no llevaba un día viviendo allí y ya las muchachas habían tratado de sonsacarle su vida y milagros, y el padre, creyéndolo dormido, lo despertaba con chirigotas.

—¡ Señor Aurelio !... ¿ Es que va á criar mocho ?... Decídase.

—¡ Ya voy !... ¡ Ya voy !

¡ Señor Aurelio ! Esta fórmula le sonó extraña. Sonrió, creyendo que, como primera manifestación de independencia, aquel país, luengo tiempo sometido á España, había quitado á cada uno de sus ciudadanos el *don* que paseó legendario osado y rapaz por el Franco-Condado, por Flandes y por América ante cada uno de los conquistadores. Más tarde supo que la decapitación del tratamiento dimanaba de la rivalidad de negros y blancos ; los negros, ape-

nas abolida la esclavitud, se apresuraron á preceder sus nombres del *don*, emblema de señorío, y los blancos, desdeñosos ante ese gesto, les abandonaron la sílaba disputada para que hicieran de ella un harapo. ¡ Aspecto trivial del antagonismo de dos razas cuyas diferencias potenciales más están en la disimilitud de cerebros y de resistencias físicas que en la coloración de la piel !

No había concluído de vestirse, y ya el cuello de la camisa, calado por el sudor, habíase desvencijado por detrás. Era un cuello recto muy alto, y las muchachas de la casa lo hicieron sujeto de chanza :

—Aquí no podrá usar esos cuellos... *Parese un tubo.*

—Por Dios, Tatá, no seas atrevida.

—Yo creo que no *yega* ni al parque ; va á tener que quitárselo en el *saguán*.

—¿ Creen ustedes ?...

Nunca logró saber el nombre de las dos muchachas... La primera vez que oyó decir *Tatá* y *Lulú*, pensó que se referían á dos perritas. La madre, una señora muy erudita, que guardaba en un armario toda su biblioteca, compuesta de recortes de periódicos, intervino para dar un sesgo serio á la conversación :

—¿ Qué va á decir el señor Zaldívar ?... Son

muy burlonas, ¿sabe usted?... En el comedor tiene la limonada; debe tomar dos ó tres vasos cada día.

Cuando por la mañana, en la mesa, Aurelio dijo que tenía que visitar al señor Leopoldo La Capilla, sólo la madre dió indicios, vagos pero suficientes, porque el periodista escribía en un diario que tenía fama de heterodoxo, y ella opinaba que á los *modernistas* se les debía *boycotear*. Todo el que no tenía la desdicha de compartir sus opiniones era modernista, y, desposeyendo la palabra de todo sentido riguroso y cronológico, la aplicaba lo mismo á su cocinera que á Calvino. Por la tarde, ya le dieron detalles, hasta los más tortuosos, de la vida del periodista. La mujer de La Capilla estaba loca, reclusa en una casa de salud; él vivía con sus seis hijas, todas pequeñas, ya ocupadas de los quehaceres domésticos; muchachitas modosas y afanosas, de esas á quienes la desgracia ha advertido á tiempo que no es lícito pasar las horas en jugar. Vivían una existencia sórdida, y, teniendo el pudor de la miseria, no trataban á nadie. El era gallego renegado, y escribía para un editor bocetos históricos, novelas policíacas, efemérides de la guerra, libros picarescos... cuanto podía convertirse en pan, en zapatos de niño, en tabaco... Le hubieran dado

otros muchos pormenores, si el dueño de la casa, entrando al mismo tiempo que una de sus hijas se lanzaba en un comentario sobre el carácter maldiciente de La Capilla, no hubiera dado á Aurelio la coyuntura de salir.

Anduvo largo rato, tratando de darse cuenta de la topografía de la ciudad. Luego tomó un coche que lo dejó en la puerta del *Diario Hispano*, periódico fundado por una minaría disidente de la colonia, deseosa de matar con el parásito al gran diario casi secular que en la misma calle ostentaba su palacio fastuoso de tres fachadas. El *Diario Hispano* tenía un numeroso Consejo de administración, presidente y vicepresidentes de la Empresa, tesorero: el escalafón de personal de un rotativo á la americana... pero no tenía sillas en la Redacción. La Capilla recibió á Aurelio en mangas de camisa, y le hizo sentar en el taburete que había ante su mesa, mientras él le hablaba paseando por el desmantelado cuarto. Su estatura era escasa; en la cara cansada, sólo los ojos proclamaban talento; los bigotes eran desgarrados, pero altivos; la cabellera blanca y revuelta, y en los gestos, siempre nerviosos al iniciarse, había, al fin, fatiga. Todavía Aurelio, si vive, no habrá olvidado aquel discurso amargo y sintético, pleno de esa precocidad que suelen tener al cabo

de sus vidas los hombres dotados de la fuerza cóncava: la resistencia. Este hombre es del partido contrario... Un pesimista por costumbre—pensaba Aurelio en tanto le escuchaba—. Y casi es seguro que piense hoy con La Capilla, que el pesimismo es el sistema cuyos pilares de partida se erigen en la nebulosa y cuyas columnas finales están aún muy lejos, hacia la congelación del mundo. El señor Leopoldo La Capilla le habló así:

—La ratonera ha atrapado otro ratón, querido amigo; lo siento... Viene usted á una tierra cálida. Aquí, la mitad de la energía se va en sudar; y el tiempo que no se emplea en eso, se aplica á la humanitaria tarea de burlarse del que intenta algo... Cuando su padrastro... ¿Es su padrastro de usted, verdad? Pues le diré que es un sinvergüenza...— Cuando él se fué de aquí, se ataban aún los perros con longanizas, había en el muelle onzas peluconas, y los fraudes estaban equitativamente repartidos... Ahora es otra cosa. Esto se ha americanizado, y las malas cualidades yanquis han venido á agravar la pésima herencia española. Bien venido sea usted si cuenta con su cara para un buen matrimonio, con sus uñas para desposeer, con su poca vergüenza... y aun así... dudo, querido; yo soy pesimista... Ya se va

haciendo difícil hasta ser sinvergüenza; todo el mundo tiene gramática parda, y por un peso se hacen maravillas. Usted es pintor, bueno; pues aquí no hacen falta pintores, ni poetas, ni escritores, ni nada. Las necesidades espirituales no han nacido aún. Apenas si encontrará muestras de fábricas ó ilustraciones en revistas que crearán hacerle un favor publicándoselas gratis. El Arte es aquí sinónimo de ocio, de futilidad casi de pedigüería; el autor manda su libro á los amigos, y unos le dan más y otros menos... Vergonzoso, querido, como en la Edad Media... La unidad monetaria para gastar es el luis, y para ganar el peso; el país es riquísimo, y sigue siendo campo pródigo para los que tienen dinero. Cuando no se es cavador, hay que emigrar con capital... Cosas características: la informalidad, la envidia, la mofa; todos le prometerán y le harán ir cien veces á sus casas, sin atreverse á decirle sinceramente que nada pueden hacer por usted... Los que se fueron generosamente al campo, han desmejorado en la paz, y, luego de cobrar en plata sonante sus años de servicio, creen intereses indiscutibles las secuelas de la burocracia, las actas de diputados; van á tener el honor de haber hecho y deshecho el país; el que fué á la guerra, es rey; el que estuvo en la emigración,

príncipe... Yo llevo en el país veinticinco años ; me he muerto siempre de hambre en este filón de riquezas, y he olvidado mi sintaxis y empiezo á sentir le necesidad de decir con dos palabras inglesas lo que antes decía con una castellana... Usted no ha tenido quien lo prepare... ; debía haber mandado sueltos á todos los periódicos diciendo que es un gran pintor, premiado en exposiciones francesas, japonesas y rusas. Aquí nadie averigua nada, y las letras de molde tienen un valor supremo... Usted es andaluz... ¿verdad? Mal hecho: debía ser asturiano; quizá le hubiesen caído algunos retratos y la protección de la colonia. Créame: haga un suelto diciendo que, además de ser eximio pintor, es católico... Cómprase ó robe un par de trajes, y vaya á los salones, aunque no le inviten... Si consigue que lo citen en la crónica de sociedad, está salvado...

Una voz, la voz del director, gritó desde dentro:

—¿Ya estás haciendo un panegírico, Leopoldo?... Me parece que vamos á perder el correo.

—¿Ve usted?—continuó La Capilla—. Aquí no se han manumitido todos los esclavos... Eso quiere decirme que lo eche; no puedo darle más consejos hoy... Tengo que escribir ochenta cuartillas por día, tengo seis hijas, gano cien

pesos (la carne cuesta á dos pesetas la libra), y mis amigos dicen que tengo mucho talento... Venga mañana por aquí más temprano que hoy, á ver si podemos siquiera conseguir que se muera de hambre poco á poco.

Dulcemente lo puso en la puerta. La tarde moría y una brisa cálida venía del mar. Al salir, Aurelio pensaba:

—Yo probaré... Yo probaré.

En la casa lo asatearon con preguntas. Las miradas atónitas de todos decían la extrañeza que les causaba verlo tan desenterado después de una visita. La señora se informó si La Capilla vendría á ver á Aurelio; guardábale aún resquemor por un artículo contra el culto de San Expedito. Ellas esperaban que aquella visita les trajera, no sólo nuevo acopio de noticias del periodista; tenían el presentimiento de que había de servirles para penetrar el enigma de Aurelio. Ya en los ojos glaucos de una de las hermanas, cuya cabellera rubia de agua oxigenada brillaba metálicamente, había una renuncia; mas las pupilas bravías de la otra y la untosa dulcedumbre de la madre amenazaban con un nuevo ataque. Aurelio pidió venia para retirarse,

dejándolas mohinas. Hasta su cama llegó el murmullo de los comentarios.

Durmió mal; soñó. Luego, al despertar, sin querer notar la satisfacción que le producía, continuó la acción comenzada en el sueño, reanudándola dos ó tres veces que ideas extrañas la entrecortaron. Había soñado con la vida que acababa de dejar. Uno de esos sueños en que ningún factor discordante acusa el desvarío, sueño lógico que parecía un simple recuerdo en la inconsciencia... La playa de Trouville, el Havre, las caminatas por la campiña, los altos junto á los paredones veteados de yedra, los días nubosos propicios á la confidencia... Don Juan Antonio Méndez, Sebastián, los Craud, madame Luzis... Natalia, que, inclinándose hacia su oído como si fuera á darle un beso, le decía palabras alentadoras y austeras... Fué un sueño apacible en el que, para no acidularlo, ni siquiera se mezcló la figura del otro, del que debía la vida á la obscuridad de la noche y á la rapidez de la fuga... En la melancolía del despertar ensayó el vano deseo de volver á dormir, y al convencerse de que no le sería posible, continuó soñando despierto, trayendo de nuevo á primer plano las figuras ausentes cada vez que se amortiguaban.

Por la tarde se dispuso á comenzar su cru-

zada. Tomó varios dibujos que había hecho á bordo, y fué á ver al director de una de las revistas, la principal. No pudo ser recibido en seguida, y esperó en una antesala donde varios señores charlaban con viva exaltación. Tres jóvenes escuchaban la docta palabra de un viejo de faz felina, que en media hora se contradijo muchas veces, sin duda para justificar con la multiplicidad de puntos de vista su predisposición al monólogo. De vez en cuando, uno de los jóvenes hacía con un monosílabo que el viejo atajaba con imperativo ademán, la ilusión de que dialogaba con él. Apartado del grupo, gregario, otro anciano de pulcro y frío continente escuchaba, iniciada bajo la blancura del bigote una sonrisa acre... Por la calle pasaban mujeres lujosamente vestidas con suntuosidad un poco *cocotesca*, proveniente de imitar en las telas leves que el clima impone las hechuras europeas, imaginadas para los paños compactos ajustados sobre cuerpos que tienen frío... Saludos cordiales, dichos en alta voz, daban á la calle la simpatía de lo familiar. Y por algo arbitrariamente sugeridor, aquella vía de edificios bajos y aquellas mujeres deliciosas de desenfado y voluptuosidad, vestidas de claro, morenas ó rubias conservando el lánguido abandono sello del trópico, evocaban la *Partida para Citera*...

¿Por qué? Si el mar que ciñe á la ciudad para donde boga la barca de Watteau es tan puro y azul como el que abraza á Nueva Sevilla, no es ciertamente eso lo que sugiere la remembranza, no... ¡Otras cosas más incorpóreas y más concretas de Citerea hay en ti, luminosa tierra de Nueva Sevilla, donde los inviernos más crudos son una primavera sin flores!...

Le correspondió el turno de entrada. El director lo recibió con displicencia; sus bigotes caídos parecían señalar en la mesa la cuartilla mediada de escritura interrumpida por la visita. Aurelio expuso sus deseos y sus dibujos con timidez, seguro ya de que la exhibición era estéril. El director les juzgó *poco hechos*, y Aurelio comprendió que aquella puerta—acaso puerta símbolo del gusto cotizable de Nueva Sevilla— quedaba cerrada para él. El director era novelista, coronel, y crítico de artes gráficas; debía proceder en sus novelas haciendo la estenografía de la vida, y en sus apreciaciones críticas prefiriendo la copia á la interpretación de la Naturaleza. Así que se convenció de que no podía serle útil, retrepanóse en el sillón de mimbres y le dió la ayuda de su experiencia, la única que no necesitaba Aurelio. Es lástima—dijo—, que ustedes los jóvenes se malogren en los vericuetos del impresionismo... ¡Em-

pecatado modernismo... Todo eso son artimañas para no dibujar... La figura es figura, y el paisaje paisaje... ¿Estamos?... Dígame con franqueza: ¿Hay en esta marina espuma ni olas?—La acometida era tan bestial, que Aurelio no intentó repelerla. Tuvo en los labios la frase de Wisther: «La Naturaleza es un diccionario». Un momento pensó hacerle comprender que el impresionismo es todo en la vida, que la vida es todo en el Arte; nuestros ojos, al igual de los demás sentidos, guardan lo que les impresiona... Si él hubiera tenido que hacer un retrato del director, habría pintado una cala baza... otra forma del impresionismo. Como los consejos habían terminado, Aurelio arrolló sus dibujos y, hasta dominado por una alegría extemporánea, prometió estudiar para substituir el movimiento, el carácter y la vibración, por detalles nimios que iguales resaltaran en los primeros términos que en las perspectivas remotas. Oyendo el aticismo de sus palabras—que el director aceptaba como tributo de sumisión—, nadie hubiera supuesto que esa puerta, hermética ya, fuera la única con que contaba para penetrar en su nueva vida. El mismo no se dió cuenta de ello hasta que estuvo en la calle. Probaré aún... probaré en todos los periódicos, se dijo, sin atender al sentido de derrota que pal-

pitaba ya en esta frase. Pero otra revista y dos diarios que publicaban caricaturas cotidianas, bastaron para desgajar su tenacidad. Era preferible emplear los lápices en hacer monótonas cifras en la mesa de cualquier bufete, antes que rebajarlo hasta donde aquellas gentes necesitaban. Luego se olvidó... Anduvo toda la tarde recorriendo las calles, divirtiéndose con observar pormenores pintorescos de arquitectura ó de costumbres... Lo mismo que si fuese un turista poco interesado en saber si las entrañas del monstruo urbano se estremecían de piedad ó estaban paralizadas por exceso de hiel... Iba alegre; la consciencia de su estado se le impuso tres veces durante el paseo, intermitente y esquiva... Trató de autoinspeccionarse, quiso ver si aquella alegría extemporánea en el primer fracaso era verdadera alegría... Y lo era, sí; su sonrisa nada tenía de mueca, en su boca no había crispatura, sus ojos se llenaban confiadamente del glorioso esplendor de la tarde... Fué hasta el puerto, formado por un agudo brazo de mar, cufia entre la explanada asiento de Nueva Sevilla y altas montañas verdes casi permanentemente rubias de sol. El mar estaba terso; haces de luz que unían los dos azules fingían una evaporización de oro. Junto á la playa ondulaba una alameda. El claro cobalto

del cielo parecía estar entre las ramas, entre las hojas, de una á otra de las copas turgentes que recortaban sobre el fondo sus formas verdes, doradas, perfumadas, agitadas á veces por un lento temblor animal. Todas las cosas dibujábanse netas en la transparencia de la tarde, cumpliendo casi la fórmula estética del director... En el centro de la bahía, Aurelio vió el buque que lo había traído, rodeado de panzudos lanchones que le llevaban carbón y víveres... Un buque se alejaba... Otro hincó en el cieno su ancla con largo estrépito de cadenas. Las banderas reían en el aire... Las grúas, en la meseta del desembarcadero, alzaban del seno de las gabarras bultos enormes, y antes de girar, los sostenían un instante izados en reposo, con un alarde de poder... Y acaso había en la impasibilidad del paisaje náutico una cruel nube de ironía. La ironía de la Naturaleza es más acerba que la de los hombres; los hombres, conscientes del daño que ocasiona, tratan siempre de atenuarla mezclándola con la gracia, y la Naturaleza, menos compasiva, la ofrece escueta. Igual que los árboles del sendero natal recordaron á Bran la esterilidad irremediable de su vida, contándole una hoja por cada hecho que no realizó, así, con las mismas voces tardías, hablaron á Aurelio el mar, la

ciudad y la cordillera. La tranquilidad del paisaje cayó sobre su incertidumbre irónicamente, y el vertebrado perfil de las montañas fué un insulto que le echó en cara su flaqueza...

Y, á pesar de esto, la alegría cantaba en su alma; era tan viva, tan ruidosa, que le sorprendió. Desdoblándose, preguntó á la parte de su espíritu obstinada en reir:

—¿Cuál es la causa de tu contento?

Y dándose aire de misterio, la detentadora del secreto respondía:

—Ya verás... ya verás... Ríe conmigo.

Bajo un tinglado del muelle, los cargadores acarreaban sacos de azúcar. Trabajaban protegidos los cuerpos por sendas camisetas traspasadas de sudor; los había negros, blancos, mulatos. Todos eran fornidos. Cinturones de cuero oprimían sus riñones; los biceps tenían móviles abultamientos, y, en los instantes en que el esfuerzo era álgido, las venas se acusaban en el cuello con cárdeno y poderoso relieve. Un mestizo hercúleo echóse á cada cadera un saco, y, azuzado por la admiración de los demás, los transportó de un extremo al otro del muelle, sonriendo. Los otros palmorearon mientras que el héroe enjugaba la frente perlada de sudor... Otro quiso imitarlo y no pudo... Y había en aquella escena de fatiga tal paz, que la voz

que dentro de Aurelio guardaba el secreto de su alegría, lo descubrió al fin:

—Estás alegre porque el azar te ha permitido no cimentar en falso... Es preciso partir de aquí; es necesario alzarse desde la faena dura del cuerpo... Por eso el fracaso no te contrista... La regeneración no se consigue así... El bálsamo que cura un rasguño no extirpa la gangrena; á la carne pútrida, el hierro y el fuego, el exterminio total del germen... Un solo bacilo es toda la plaga... ¿No proyectabas renacer? Taimado, cobarde, impostor, ¡el viejo hombre está incólume en ti, y ha pretendido lavarse con jabón las carroñas de la podredumbre!... ¡Has sacrificado cuanto no te era muy duro sacrificar, mas no has inmolado el ovario donde los pecados se multiplican!... ¡Has venido en segunda clase, guardas el empaque de burgués, has pretendido vivir del grato descanso del dibujo!... ¡Sí, sí: impostor, taimado, cobarde!...

Luego, más dulce, la voz concluyó:

—Busca el equilibrio: trabajador sin alternativas, virtuoso sin rachas de abstinencia y rachas de excesos, ilusionista sin elevar tanto el vuelo que se pierda de vista lo posible... Y todo esto te lo dará el sudor de la buena fatiga. El cuerpo es péndulo que regula las andanzas del espíritu; es tónico y estimulante, acícate y fre-

no... Trabaja... Estabas alegre porque, sin querer, te apartaste de un mal camino... ¡Aleluya! ¡Aleluya!

Y la otra parte de su alma, que no sabía el origen del júbilo, se hizo voz y clamó también:

—¡Aleluya!... ¡Aleluya!... ¡Aleluya mil veces por haber fracasado en la ciudad!

A este diálogo sucedió un activo silencio, en el que irrevocables decisiones se fraguaron. Sí, era preciso comenzar, no dejar el cuerpo exento de fatigas, levantarlo con el sol, domar la mollicie, ir hacia la cumbre de la vida en lenta caminata, partiendo de lo más bajo del llano, sin ahorrar ninguna de las estribaciones de la montaña... Por concatenación de pensamientos, la palabra tierra surgió en su duda; el vasto mito de la Tierra pasó por su imaginación: barro del divino Alfarero, tierra de labor, tierra de fosa... Y fué la tierra de labor la que cumplió las ansias de su espíritu. Surcos infinitos partieron de su pensamiento hacia todas partes; surcos que demandaban amor, semilla, cultivo, manos que los limpiaran de malas hierbas. Y esos surcos evocaron cuanto puede sugerir bien, fuerza y salud: sacrosantos cansancios, plenitud de ubre, nieve de leche, olor á heno, olor á pan candeal, olor á establo, olor de frutas y

de flores silvestres... La Tierra maternal lo aguardaba. Su frente no merecía erguirse hasta que sus brazos bajaran á ordenar la cosecha, hasta sentir sus caderas doloridas y el ánimo esclavo del ritmo del cuerpo, necesitado de reposo...

Cuando pensó en regresar, la noche aguardaba tras la sierra á que el sol, rojo y enorme, concluyera de apagarse en el agua. Una dama y una señorita que pasaban junto á él comentaron:

—Linda puesta de sol...

—¿Verdad que parece un sol artificial?

Aurelio las miró con menosprecio; ya era hombre de campo, ya sentía hacia los que emplean la palabra artificial como elogio, ese recelo de los hombres sanamente verídicos. Desde donde estaba, la ciudad se percibía completa; seis chimeneas negras sobresalían de la sucesión de tejados; el humo parecía la cauda de los seis tubos contiguos como dedos de una mano deforme y colosal.

Aurelio tendió hacia la urbe su mano cerrada y crispada; su mal era mal de civilización, mal de ciudad... Después entró en Nueva Sevilla, satisfecho: ya sabía cuál era el punto vulnerable del enemigo; sabía que para salir victorioso bastaba dirigir la lanza al talón...

Hubiera querido anticipar el tiempo, hallarse instantáneamente en la isla desierta; amasar su pan, tejer su lino, recoger en cada una de las satisfacciones de la labor la levadura de su nueva alma. Mas el tiempo no permite fantasías; ante su método se han estrellado los milagros; devolver la ligereza á un tullido es menos difícil que hacer que el sábado se coloque delante del viernes. Hay que vivir un minuto tras otro, sin saltar.

Tuvo que soportar las miradas escrutadoras de sus huéspedes... Fué una comida interminable. Al fin se halló solo en su cuarto y comenzó á desnudarse las ropas que no pensaba volver á vestir, dispuesto á dormir su postrera noche ciudadana. Todo el ardor del trópico se había concentrado en su frente; sentíase pesado, y desatendiendo los consejos higiénicos de la señora, se puso bajo la ducha. Del baño se iba á su habitación por una galería; Aurelio la recorrió rápidamente sin otro ropaje que un capuchón de felpa en forma de caftán, que lo cubría de cabeza á pies... La ducha lo había restaurado: se sintió ágil.

Necesitado de expansión física, hizo flexionar

sus brazos y sus piernas; torció el cuerpo, puestas las manos en los coxales y manteniendo los talones unidos. Esta gimnasia y la luna biselada del armario le sugirieron la curiosidad de ver su cuerpo. Al principio no tuvo valor y continuó haciendo ejercicios, como si pudieran en un instante corregirlo y fortificarlo... Pero el espejo lo llamaba... y fué.

Había una sola luz encendida; era insuficiente; encendió las cuatro lámparas de la araña... Primero examinóse vertical; luego adquirió la posición olímpica de un lanzador de discos..., después tornó á enderezarse... La cabeza era fina, el cuello tenía tersura y proporciones de tallo; desde las axilas, los flancos descendían, delineando la curva femenina de un ánfora... La piel envolvía todo, sin acusar tendones ni músculos; las rodillas eran perfectas; en el pecho, impúber, iniciábanse dos senos... Blanca-láctea, núbiles ternezas de efebo... debilidad, raquitismo, encanijamiento. Todo se copiaba con ambigüedad epicena que las más gimnásticas actitudes no lograban destruir... Aquél no era un cuerpo de hombre...; aquél no era el cuerpo del hombre frugal, casto, bien tallado, puro, viril: el hombre que él debía de ser... Y recordando los membrudos fakines del muelle, Aurelio lloró la vergüenza de su cuerpo de an-

drógino; lloró porque su piel no era atezada, por el embotamiento de su fuerza; sollozó con el mismo desconsuelo que debió llorar Onan, en su vejez por el hijo, que, debiendo venir, no vino... Después, cuando ya no tuvo más lágrimas, se durmió.

Durmió de un tirón. Muy matinal sorprendió á las muchachas, pidiendo su desayuno y un periódico.

—Pero, ¿qué le ha pasado hoy? Tendrán que repicar las campanas.

—Nada, nada... Una excursión al campo.

—¡ Al campo !... Está *usté* estrepitado... ¡ Miren al hombre misterioso !...

El dueño de la casa, que salía, terció:

—Hoy sí que no se le puede gritar Calderón de la Barca... Lo felicito.

Poco tiempo después Aurelio sintió que unos pasos se detenían ante la cancela de cristales que separaba su cuarto de la sala.

—Aquí tiene *El Universo*—dijo la voz de la muchacha rubia; y por sobre la cancela, un brazo, no presuroso por retirarse, le tendió el periódico. Aurelio, antes de cogerlo, vió el anuncio: «Para el ramal de ferrocarril del Ingenio Caridad se necesitan...»

Y la muchacha no habrá sabido nunca que su brazo ebúrneo, incitador y tenuemente mancha-

do de viruelas, decidió en aquel momento el destino de un hombre...

Fué á una fonda para cambiarse de ropa y escribir dos cartas. Escribió á sus huéspedes, remitiéndoles el importe de los tres días de pupilage, y suplicándoles le guardaran el baúl; después escribió á su madre: carta llena de mentiras piadosas, en la cual aseguraba estar al comienzo de un feliz porvenir, y le remitía dinero, todo el dinero restante... Esta locura lo puso alegre. Viéndose bajo la holgada ropa de obrero, reía, reía. Jamás ningún traje nuevo, ni de niño, habíale procurado tal placer... Fué á la estación del ferrocarril. Y esta vez, en su compartimiento de tercera, sí olvidó toda su vida anterior, sí supo llenar el paréntesis del traslado con quimeras de dicha... Pero esta vez el viaje fué corto.